

CAPITULO XXXVIII.

VIAGE A ELIDE. JUEGOS OLIMPICOS.

La Elide es un país pequeño, cuyas costas baña el mar Jónico, y se divide en tres valles. En el mas setentrional está la ciudad de Elis, situada á orillas del Peneo, rio del mismo nombre, pero menos caudaloso que el de Tesalia: el valle del medio es célebre por el templo de Júpiter, cerca del rio Alfeo: el último se llama Trifilio.

Hubo un tiempo en que los habitantes de este país gozaban de profunda tranquilidad. Todas las

naciones de la Grecia, de comun acuerdo, los miraban como dedicados á Júpiter, y los respetaban tanto, que las tropas extranjeras dejaban las armas en entrando en este país, y no las volvian á tomar hasta que salian. Rara vez gozan hoy de esta prerogativa; sin embargo, á pesar de las guerras pasajeras, á que se han visto expuestos en estos últimos tiempos; á pesar de los disturbios que todavía fermentan en algunas ciudades, no hay en todo el Peloponeso un país mas abundante ni mas poblado que la Elide. Sus campiñas, casi todas fértiles, están cubiertas de esclavos laboriosos: la agricultura florece, porque el gobierno usa con los labradores aquellas consideraciones que se merecen los ciudadanos útiles; y así tienen sus tribunales que juzgan sus causas en último recurso, sin tener que interrumpir sus labores para venir á las ciudades á mendigar un juicio inicuo, ó dilatado por mucho tiempo. Muchas familias ricas pasan plácidamente su vida en el campo; y yo he visto algunas en las cercanías de Elis, que ninguno de ellas ha puesto los pies en la capital en dos ó tres generaciones.

Despues que se acabó el gobierno monárquico, se reunieron las ciudades con una liga federativa; pero la de Elis, mas poderosa que las otras, las ha sujetado insensiblemente, y en el dia no les deja mas que la apariencia de la libertad.

Juntas todas forman ocho tribus, dirigidas por un cuerpo de noventa senadores, cuyas plazas son vitalicias, y en caso de vacante, influyen para que se nombren los que quieren: de aquí dimana el residir la autoridad en un corto número de personas, y haberse introducido la oligarquía en la oligarquía; lo cual es uno de los vicios destructivos de este gobierno. Así es, que en estos últimos tiempos se han hecho esfuerzos para establecer la democracia.

La ciudad de Elis es bastante moderna: y al modo de otras muchas ciudades de la Grecia, y principalmente del Peloponeso, se ha formado de la reunion de muchos lugarillos; porque en los siglos de ignorancia se habitaba en lugares abiertos y accesibles; pero en los tiempos mas ilustrados es preciso encerrarse en ciudades fortificadas.

Cuando llegamos, encontramos una procesion que iba al templo de Minerva; y era parte de una ceremonia en que la juventud de la Elide se habia disputado el premio de la hermosura. Los vencedores iban en triunfo; el primero, ceñida la cabeza con cintas, llevaba las armas que se consagraban á la diosa; el segundo conducia la victima; y el tercero iba cargado de las demas ofrendas.

He visto muchas veces estos combates en la Grecia, ya entre los de un sexo, ya entre los

del otro. He visto tambien, en pueblos distantes unos de otros, admitir las mugeres casadas á los concursos públicos; con esta diferencia, que los Griegos dan el premio á la mas hermosa, y los bárbaros á la mas virtuosa.

La ciudad está adornada con templos, con edificios suntuosos, con muchas estatuas, algunas de ellas de mano de Fidias. Entre estos últimos monumentos, vimos algunos, en que el artista mostró tanto ingenio, como habilidad; tal es el grupo de las Gracias en el templo que está dedicado á ellas. Su ropage es ligero y brillante: la primera tiene en la mano un ramo de mirto en honor de Venus: la segunda una rosa, para denotar la primavera; la tercera una taba, simbolo de los juegos de la infancia; y para que nada faltase á los encantos de esta composicion, está la figura del Amor sobre el mismo pedestal que las Gracias.

Nada hay que dé mas lustre á esta provincia, como los juegos olimpicos que se celebran de cuatro en cuatro años en honor de Júpiter. Cada ciudad de la Grecia tiene sus fiestas que reunen á los habitantes de ellas; pero hay cuatro solemnidades mayores que reunen todos los pueblos de la Grecia, y son los juegos piticos ó de Delfos, los istmios ó de Corinto, los de Nemea y los de Olimpia. En mi viage á la Fócide hablé de los primeros: ahora voy á tratar de los últimos,

absteniéndome de hablar de los demas, porque poco mas ó menos todos ofrecen los mismos espectáculos.

Los juegos olímpicos, instituidos por Hércules, se renovaron despues de una larga interrupcion, por los sabios consejos de Licurgo, y por la diligencia de Ifito, soberano de una comarca de la Elide. Ciento y ocho años despues se escribió por la primera vez en los registros públicos de los Eleenses el nombre del que ganó premio de la carrera en el Estadio, que se llamaba Corebo. Este uso se continuó; y de ahí vino la larga serie de vencedores, cuyos nombres indicando las diferentes olimpiadas, forman otros tantos puntos fijos para la cronología. Cuando nosotros llegamos á Elis se iban á celebrar estos juegos por la centésima sexta vez*.

Todos los habitantes de la Elide se preparaban para esta solemnidad augusta. Ya se habia promulgado el decreto que suspende toda hostilidad. Las tropas que entrasen entonces en esta tierra sagrada, serian condenadas á una multa de dos minas por soldado**.

Cuatro siglos hace que los Eleenses tienen la administracion de los juegos olímpicos. Ellos han dado á este espectáculo toda la perfeccion

* En el estío del año 556 antes de J. C.

** Ciento ochenta libras. (670 rs. vn.)

de que es susceptible, ya sea introduciendo nuevas especies de combates, ya suprimiendo los que no correspondian á la expectation de la asamblea. Es de su incumbencia precaver los manejos y enredos, establecer la equidad en los juicios, vedar el concurso á las naciones extrangeras á la Grecia, y aun á las ciudades griegas, si están acusadas de haber quebrantado los reglamentos hechos para mantener el orden durante la fiesta. Es tan alta la idea que tienen de estos reglamentos, que en otro tiempo enviaron diputados á los Egipcios, para saber de los sabios de esta nacion, si se habia olvidado algo en su redaccion. Un artículo esencial, respondieron estos: una vez que los jueces son de Elide, deberian ser excluidos del concurso los de Elide. A pesar de esta respuesta, se les admite aun en el dia, y muchos de ellos han ganado premios, sin que se haya sospechado de la integridad de los jueces. Es verdad que para ponerla mas á cubierto, han permitido á los atletas apelar al senado de Olimpia del decreto que los priva de la corona.

A cada olimpiada se sacan por suerte los jueces ó presidentes de los juegos, los cuales son ocho, porque hay uno por cada tribu. Se juntan en Elis antes de la celebracion de los juegos, y por espacio de diez meses se enteran por menor del ministerio que han de ejercer; en lo que

les instruyen ciertos magistrados, que son los depositarios é intérpretes de los reglamentos de que acabo de hablar; y con la mira de juntar la experiencia á los preceptos, ejercitan, durante aquel tiempo, á los atletas que se han presentado para disputar el premio de la carrera y de la mayor parte de los combates de á pie. Muchos de estos atletas iban acompañados de sus parientes, amigos, y principalmente de los que los habian instruido. Brillaba en sus ojos el deseo de la gloria, y los habitantes de Elis se entregaban á la mas viva alegría. Me hubiera sorprendido el interes que ponian en la celebracion de estos juegos, si no conociera ya la aficion que los Griegos tienen á los espectáculos, y la utilidad real que los Eleenses sacan de esta solemnidad.

Despues de haber visto quanto podia interesarnos, ya en Elis, ya en Cilene, que le sirve de puerto, y que solamente dista ciento y veinte estadios *, salimos para Olimpia. Hay dos caminos para ir allá; uno por la llanura de cerca de trescientos estadios de largo **; el otro por los montes y por el lugar de Alesieo, en donde hay

* Cerca de cuatro leguas y media. (Cerca de 4 leguas de España.)

** Once leguas y ochocientas cincuenta toesas. (Nueve leguas y 5675 pasos de España.)

cada mes una feria considerable. Escogimos el primero; y pasando por paises fértiles, bien cultivados, bañados por rios, y despues de haber visto de paso las ciudades de Disponcio y de Letrines, llegamos á Olimpia.

Esta ciudad, conocida tambien con el nombre de Pisa, está situada sobre la orilla derecha del Alfeo, al pie de una colina que se llama el monte de Saturno. El Alfeo nace en la Arcadia; luego desaparece y vuelve á aparecer por intervalos; y despues de recibir las aguas de muchos rios, va á desembocar en el mar inmediato.

El Altis contiene en su recinto los objetos mas interesantes: este es un bosque sagrado, de mucha extension, y cerrado con tapias, en donde están el templo de Júpiter y el de Juno, el senado, el teatro y muchos edificios hermosos en medio de un sin número de estatuas.

El templo de Júpiter fué edificado, en el siglo último, de los despojos que los Eleenses quitaron á algunos pueblos que se habian rebelado contra ellos: es de orden dórico, rodeado de columnas, y hecho de una piedra sacada de las canteras inmediatas, tan lustrosa y tan dura, aunque mas ligera que el marmol de Paros. Tiene sesenta y ocho pies de altura, doscientas treinta de largo, y noventa y cinco de ancho *.

* Alto, cerca de sesenta y cuatro pies de rey; largo, doscientos

Un arquitecto habil, llamado Libon, se encargó de la construccion de este edificio. Dos escultores no menos hábiles enriquecieron con sus sábias composiciones los frontones de las dos fachadas. En uno de ellos están, entre muchas figuras, Enomao y Pélope en ademan de disputarse el premio de la carrera en presencia de Júpiter; en el otro, el combate de los Centauros y de los Lapitas. La puerta de la entrada es de bronce, como tambien la de la parte opuesta. Sobre una y otra hay grabados algunos de los trabajos de Hércules. Unas piezas de marmol, cortadas en figura de tejas, cubren el techo: encima de cada fronton se levanta una Victoria de bronce dorado, y en cada ángulo un gran vaso del mismo metal, igualmente dorado.

El templo está dividido en tres naves por dos órdenes de columnas. Hay en él, igualmente que en el vestibulo, muchas ofrendas que la piedad y el reconocimiento han consagrado al dios; pero lejos de fijarse la vista sobre estos objetos, se inclinan rápidamente á la estatua y trono de Júpiter. Esta obra maestra de Fidias y de la escultura, causa al primer aspecto una impresion, que el examen la hace despues mas profunda.

La figura de Júpiter es de oro y marfil; y aun diez y siete; y ancho, noventa. (Altura, 75 pies: largo, 255 pies: ancho, 404 pies de España.)

que sentada, casi llega al paffon del templo. Tiene en la mano derecha una Victoria tambien de oro y marfil, y en la izquierda un cetro de mucho gusto, enriquecido con varias especies de metales, y coronado con una águila. El calzado es de oro, como tambien el manto, en que están grabados animales y flores, y sobre todo lirios.

El trono descansa sobre cuatro pies, y tambien sobre columnas intermedias de la misma altura que los pies. Las materias mas ricas, y las mas nobles artes han contribuido á adornarle. En todo él brilla el oro, el marfil, el ébano y las piedras preciosas, y le decoran las pinturas y bajos relieves.

Cuatro de estos bajos relieves están aplicados á la cara anterior de cada uno de los pies delanteros. El mas alto representa cuatro Victorias en actitud de danzarinas: el segundo unas Esfinges que arrebatan los niños de los Tebanos: el tercero á Apolo y Diana, asaetando á los hijos de Niobé; y el último otras dos Victorias.

Fidias aprovechó los menores espacios para multiplicar los adornos. Yo conté sobre los cuatro travesaños que enlazan los pies del trono, hasta treinta y siete figuras, unas que representan luchadores, otras el combate de Hércules contra las Amazonas*. Mas arriba de la cabeza

* Se puede presumir que estas treinta y siete figuras eran de

de Júpiter, en la parte superior del trono, se ven á un lado las tres Gracias que tuvo de Eurinoma, y las tres Estaciones que tuvo de Temis. Se distinguen otros muchos bajos relieves, tanto sobre la peana, quanto sobre la basa que sostiene esta enorme masa, los mas de ellos de oro; y representan las divinidades del Olimpo. A los pies de Júpiter se lee esta inscripcion: *Soy obra de Fidias, ateniense, hijo de Carmides.* Ademas de su nombre, el artista para eternizar la memoria y belleza de un joven amigo suyo, llamado Pantarces, grabó el nombre de él en uno de los dedos de Júpiter*.

No es posible acercarse al trono quanto uno quisiera, por impedirlo una balaustrada que hay al rededor, que tiene excelentes pinturas de mano de Paneno, discípulo y hermano de Fidias. Este fué, quien junto con Colotes, otro discípulo de tan grande hombre, se encargó de los principales detalles de esta obra maravillosa. Dicen que despues de haberla acabado, quitó Fidias el velo

realce y puestas sobre los travesaños del trono. Se podrian tambien disponer de otro modo distinto del mio, los asuntos representados en los pies. La descripcion de Pausanias es muy sucinta y muy vaga. Cuando se quiere aclararla, hay peligro de extraviarse: limitándose á traducirla literalmente, hay el de no entenderse.

* La inscripcion era esta: *Pantarces es hermoso.* Si se hubiera hecho un crimen de esto á Fidias, hubiera podido justificarse, diciendo que el elogio se dirigia á Júpiter, porque la palabra Pantarces puede significar el que basta á todo.

con que la tenia tapada, consultó al gusto del público, y corrigió algunas cosas conforme al parecer de los mas.

Sorprende la grandeza de la empresa, la riqueza de la materia, la excelencia del trabajo, y la feliz conveniencia de todas las partes; pero sorprende mas todavia la expresion sublime que el artista supo dar á la cabeza de Júpiter. Parece que está impresa en ella la divinidad misma con todo el esplendor del poder, toda la profundidad de la sabiduría, y toda la dulzura de la bondad. Los artistas no representaban antes al señor de los dioses, sino con facciones comunes, sin nobleza y sin caracter distintivo; Fidias fué el primero, que por decirlo asi, alcanzó á la magestad divina, y supo añadir un nuevo motivo al respeto de los pueblos, sensibilizando lo que ellos habian adorado. ¿En qué fuente pues habia bebido tan altas ideas? Los poetas dirian que habia subido al cielo, ó que el dios habia bajado á la tierra; pero él respondió de una manera mas sencilla y mas noble, á los que le hacian la misma pregunta, citando los versos de Homero, en que dice este poeta, que una mirada de Júpiter basta para estremecer el Olimpo. Estos versos despertaron en el alma de Fidias la imagen de la verdadera belleza; de aquella belleza que solamente percibe el hombre de ingenio, y produjeron el Júpiter de Olimpia; y

sea cual fuere la suerte de la religion en la Grecia, el Júpiter de Olimpia servirá siempre de modelo á los artistas que quieran representar dignamente el ser supremo.

Los Eleenses conocian el mérito del monumento que poseian; y así es, que todavía enseñan á los extrangeros el obrador de Fidias: han colmado de beneficios á los descendientes de este grande artífice, y les han dado el encargo de mantener la estatua en todo su esplendor. Como el templo y el recinto sagrado están en un sitio pantanoso, uno de los medios que usan para preservar el marfil de la humedad, es derramar frecuentemente aceite al pie del trono, en una parte del pavimento, destinada para esto.

Desde el templo de Júpiter pasamos al de Juno, que es tambien de orden dórico, rodeado de columnas, pero mucho mas antiguo que el primero. La mayor parte de las estatuas que hay, ya sean de oro, ya de marfil, descubren la rudeza del arte, aunque algunas no tienen mas que trescientos años de antigüedad. Nos enseñaron el cofre de Cipselo, donde este príncipe, que despues se hizo dueño de Corinto, fué, siendo niño, encerrado por su madre, para libertarle de la persecucion de los enemigos de su casa. Es de madera de cedro: la tapa y las cuatro caras están adornadas con bajos relieves, abiertos unos en el mismo cedro, y otros de oro

y marfil; y representan batallas, juegos y otros asuntos relativos á los siglos heroicos, con varias inscripciones en caracteres antiguos. Vimos muy despacio, y con mucho gusto, los pormenores de esta obra, porque manifiestan el estado informe que hace tres siglos tenian en Grecia las artes.

Cerca de este templo se celebran juegos, á que presiden diez y seis mugeres, sacadas de las ocho tribus de los Eleenses, respetables por su virtud y por su nacimiento. Ellas son las que mantienen dos coros de música, para cantar himnos en honor de Juno, las que bordan el soberbio velo que se despliega el día de la fiesta, y las que adjudican el premio de la carrera á las doncellas de la Elide. Dada la señal, se lanzan en la carrera estas émulas, medio desnudas, con los cabellos caidos sobre las espaldas: la que vence recibe una corona de oliva, y el permiso, mas lisonjero todavía, de poner su retrato en el templo de Juno.

Saliendo de allí, anduvimos las calles del recinto sagrado. Entre los plátanos y olivos que hacen sombra á estos sitios, veiamos por todos lados columnas, trofeos, carros triunfales, y estatuas innumerables de bronce y de marmol, unas de los dioses, y otras de los vencedores; porque este templo de la gloria, solamente está abierto para los que tienen derecho á la inmortalidad.

Muchas de estas estatuas están arrimadas á columnas, ó puestas sobre pedestales: todas tienen inscripciones que indican el motivo de su consagracion. Entre ellas habia mas de cuarenta figuras de Júpiter de distinta mano, ofrecidas, ó por pueblos ó por particulares, algunas de veinte y siete pies de altura*. Las de los atletas, que forman una coleccion inmensa, han sido puestas en estos lugares, ó por ellos mismos, ó por las ciudades donde nacieron, ó por los pueblos en que habian contraido mérito.

Estos monumentos, que se han multiplicado en los últimos cuatro siglos, hacen presentes á la posteridad los que los han obtenido. Cada cuatro años se ponen á la vista de una multitud innumerable de espectadores, que vienen de todos los paises á este sitio á contemplar la gloria de los vencedores, á oír la relacion de los combates, y enseñarse con ardor unos á otros, aquellos de quienes su patria se gloria. ¡Qué dicha para la humanidad, si semejante santuario estuviera abierto solamente á los hombres virtuosos! Me engaño; al punto le profanaria el manejo y la hipocresia, que mucho más que la virtud necesitan de los homenages del pueblo.

* Veinte y cinco pies nuestros y seis pulgadas: 29 pies, 8 pulgadas y 40 líneas de España.)

Mientras admirábamos estas obras de escultura, y seguíamos los progresos y últimos esfuerzos de este arte, nuestros intérpretes nos hacian largas relaciones, y nos referian ciertas anécdotas relativas á aquellos, cuyos retratos nos enseñaban. Despues que detuvieron nuestras miradas en dos carros de bronce, en uno de los cuales estaba Gelon, rey de Siracusa; y en el otro, Hieron, su hermano y sucesor, añadieron: cerca de Gelon, ved la estatua de Cleómedes. Habiendo tenido este atleta la desgracia de matar á su contrario en el combate de la lucha, los jueces para castigarle, le privaron de la corona: él se apesadumbró tanto, que enloqueció. Algun tiempo despues entró en una casa destinada á la educacion de la juventud, asíó una columna que sostenia el techo, y la echó á tierra. Cerca de sesenta niños perecieron bajo las ruinas del edificio.

Ved aquí la estatua de otro atleta llamado Timantes. En su vejez se ejercitaba todos los dias en tirar con el arco: un viage que hizo le obligó á suspender este ejercicio: quiso volver á él; y viendo que se le habian disminuido las fuerzas, él mismo dispuso su pira, y se arrojó á las llamas.

Esta yegua que veis aquí, se llamó el Viento por su extrema ligereza: un dia que corria en el Hipodromo, cayó de ella Filotas que la monta-

ba : continuó su carrera, dobló el límite, y vino á pararse delante de los jueces, que decretaron la corona á su amo, y le permitieron representarse aquí con el instrumento de su victoria.

Este luchador se llamaba Glauco : era joven y labraba la tierra. Su padre vió con sorpresa, que para meter la reja del arado, que se habia salido, se valia de la mano como si fuese un martillo. Le trajo aquí, y le propuso para el combate del pugilato. Acosado Glauco por su contrario, que usaba á un mismo tiempo de maña y fuerza; estaba á punto de sucumbir, cuando su padre exclamó: «da, hijo mio, como en el arado.» Al punto redobló el mancebo sus golpes, y fué proclamado vencedor.

Ved aquí á Teágenes que en los diferentes juegos de la Grecia logró el premio, segun dicen, mil doscientas veces, ya en la corrida, ya en la luéha, ya en otros ejercicios. Despues de su muerte, la estatua que se le habia levantado en la ciudad de Tasos, excitaba todavía zelos en un rival de Teágenes : venia todas las noches á saciar su furor contra este bronce, y le conmovió tanto á fuerza de golpes, que la derribó, y quedó debajo aplastado : fué acusada la estatua, y arrojada al mar. Habiendo sobrevenido despues una hambre á la ciudad de Tasos, consultado el oráculo por los habitantes, respondió:

que habian menospreciado la memoria de Teágenes. Se le decretaron honores divinos, despues de haber sacado del mar la estatua, y colocádola en su lugar*.

Este otro atleta trajo su estatua sobre sus hombros, y la puso él mismo en este sitio. Este es el célebre Milon, el que en la guerra de los habitantes de Crotona, su patria, contra los de Sibaris, fué puesto al frente de las tropas, y ganó una victoria señalada : se dejó ver en la batalla, con una maza y los demas atributos de Hércules, recordando de esta manera su memoria. Triunfó muchas veces en nuestros juegos y en los de Delfos, en los que solia hacer pruebas de su fuerza prodigiosa. Algunas veces se ponía sobre una losa, dada de aceite para hacerla mas resbaladiza, sin que le meneasen los vaivenes mas violentos : otras empuñaba una granada, y sin estrujarla, la tenia tan apretada, que los atletas mas forzudos no podian abrirle los dedos para quitársela; pero su manceba le obligaba luego á soltar la presa. Tambien cuentan de él, que corrió el Estadio con un buey á costas: que hallándose un dia en una casa con los discipulos de Pitágoras, les salvó la vida sosteniendo la columna en que cargaba el techo, próximo

* En adelante se extendió el culto de Teágenes; y se le invocaba sobre todo en las enfermedades.

á caer; en fin, que en su vejez fué pasto de las bestias feroces, porque se le quedaron cogidas las manos en el tronco de un arbol, medio hendido con cuñas, que iba á acabar de partirlo.

Despues vimos varias columnas, en que estaban grabados tratados de alianza entre diversos pueblos de la Grecia, y los habian depositado en estos sitios, para hacerlos mas sagrados. Pero todos estos tratados han sido violados lo mismo que los juramentos, que eran garantes de su duracion, y las columnas subsisten todavía para atestiguar una verdad espantosa, y es que los pueblos cultos nunca proceden de tan mala fe, como cuando pactan vivir en paz unos con otros.

Al norte del templo de Juno, al pie del monte de Saturno, hay una calzada que llega hasta el circo, y en ella muchas naciones griegas y extranjeras han hecho edificios, conocidos con el nombre de Tesoros. Otros semejantes hay en Delfos; pero estos últimos están llenos de ofrendas preciosas, siendo así que los de Olimpia, casi no contienen sino estatuas y monumentos de mal gusto, ó de poco valor. Preguntamos la razon de esta diferencia; y uno de los intérpretes nos dijo: nosotros tenemos un oráculo; pero tiene tan poco crédito, que quizá se acabará muy pronto. Dos ó tres predicciones, que se

han verificado, han grangeado al de Delfos la confianza de algunos soberanos; y su liberalidad la de todas las naciones.

A este tiempo llegaban las gentes en tropas á Olimpia. Por mar, por tierra, de todas las partes de la Grecia, y de los países mas remotos, venian ansiosos á estas fiestas, cuya celebridad excede infinitamente á la de las demas, aunque carecen de un atractivo, que las haria mas magnificas; y es, que no se admiten á ellas las mugeres, sin duda por causa de la desnudez de los atletas. Tan severa es la ley que las excluye, que las que se atreven á violarla, son precipitadas de lo alto de un peñasco. Sin embargo, las sacerdotisas de un templo, tienen un sitio señalado, y pueden asistir á ciertos ejercicios.

El dia primero de las fiestas cae en el dia once del mes hecatombeon, que empieza con la luna nueva, despues del solsticio de estío: duran cinco dias, y al fin del último, que es el de la luna llena, se hace la proclama solemne de los vencedores. Abriéronse las fiestas por la tarde * con muchos sacrificios, que se ofrecian sobre altares levantados en honor de varias di-

* En el año primero de la olimpiada 106, el primer dia del mes hecatombeon, caía en la tarde del 17 de julio del año juliano proleptico 556 antes de J. C.; y el 11 de hecatombeon, comenzaba en la tarde del 27 de julio.